

**SOBRE AÑORANZAS Y DENUNCIAS. ANOTACIONES PARA REPENSAR LA HISTORIA DEL
CAFÉ PUERTORRIQUEÑO (SIGLOS 18 AL 20)**

Mabel Rodríguez Centeno
Universidad de Puerto Rico

El trabajo de Fernando Picó tiene un título impactante: "Deshumanización del trabajo y cosificación de la naturaleza".¹ El propósito es combatir las idealizaciones que generalmente acompañan todo relato sobre las montañas puertorriqueñas, pero todavía más a las que se refieren al café. Algún día habrá que investigar por qué añoranza es lo mismo que café cuando discutimos el caso de Puerto Rico. Yo tengo mis fuertes sospechas pero ese no debe ser el eje de nuestra reflexión esta tarde.

Lo que Picó trata en ese excelente trabajo es el costo humano y ecológico de lo que alguna vez Guillermo Baralt llamo "las minas de oro" cafetaleras del siglo XIX. Con el análisis de Fernando comparto la mayoría de las interpretaciones y apreciaciones, quizás un poco menos el tono dramático de la exposición que en un *increcendo* sostenido culmina denunciando a un campesino "depredador" de su entorno.

Debemos ser conscientes de que el artículo fue publicado en 1981, el *momentum* de la "nueva historia" puertorriqueña, corriente historiográfica consagrada a la desmitificación del relato histórico boricua. Hoy estamos más descansados, trabajadores y comprometidos pero cómodos con lineamientos analíticos que no liberan batallas campales.

Yo no quiero hablar de deshumanización, prefiero discutir la adaptación (conflictiva y difícil) de los campesinos puertorriqueños a los retos de la mercantilización y después comercialización del fruto de sus esfuerzos. Tampoco quiero desgastarme en la cosificación de la naturaleza, prefiero analizar la alteración del paisaje agrario que con altos costos sociales supuso el avance de las ideas liberales sobre las puramente campesinas.

Esa historia de la adaptación y el trastocamiento que supone la expansión de los cafetales en Puerto Rico es larga y susceptible a ser contada por capítulos. El primero puede trazarse desde la introducción del cultivo a la Isla.

Los granos borbónicos (o capítulo 1)

Borbónicos son los granos por varias razones pero la primera es que el café llega a América, precisamente desde Francia, el Rey Sol (Luis XIV) recibió los primeros almácigos en Europa y de allí pasó a Martinica y al resto de las antillas francesas. No es

¹ Picó, 1981.

casualidad que el primero productor mundial del café en América fuese Haití a fines del siglo 18. De las poblaciones francesas el café pasó a Brasil y eventualmente a Cuba (1748) y a Puerto Rico (1755), sólo después llegó las colonias inglesas y a las españolas continentales.²

Pero lo que hace verdaderamente borbónicos a los granos del café, es el contexto histórico en el que llegan a América y a Puerto Rico. Entra a la Isla de la mano del reformismo que caracterizó el periodo. Habrán estudiado las Reformas borbónicas en la primera parte de este curso, pero sólo para refrescar anotaré que se trató de un replanteamiento de la función del Estado, procurando una mayor eficiencia fiscal y control político de los territorios del imperio español en América. Con la muerte de Carlos II, España estrena un rey francés con Felipe V y con él llegan las ideas modernizadoras del aparato estatal.

Durante la primera mitad del siglo 18, esto no tiene grandes significados para Puerto Rico. La Isla parece muy Isla, vive y se mueve por sus propios pies, prácticamente al margen de la monarquía –siendo esto más cierto para el Oeste y el Sur que para el Norte y las inmediaciones de San Juan. Es un Puerto Rico entregado al comercio no oficial, a la agricultura campesina (de subsistencia) y al latifundio ganadero. Pero la situación comienza a mostrar claros signos de cambio de ahí en más.

Mientras España promovía transformaciones en las antiguas formas de producción propiciando la maximización de la extracción de metales preciosos en la Nueva España y Perú, pero sin descuidar el crecimiento de la producción agrícola y promovía la Renta del Tabaco para la captación de ingresos fiscales más sobresaliente del periodo, en lugares como Puerto Rico la única alternativa era impulsar la agricultura comercial y la salida de los productos por la vía oficial.

Para eso, sin embargo, había que dar la batalla contra los hatos ganaderos y estimular comercialmente la Isla. Es por eso que el estado despliega una serie de medidas dirigidas a fomentar la agricultura (no campesina), a esto es lo que Francisco Moscoso ha llamado el Proyecto estanciero. La idea era transformar el paisaje agroganadero, subordinando la cría y engorda a las prácticas agrícolas. Las estancias deberían producir café, algodón, azúcar, añil y jengibre, la ganadería, por su parte, debía desplazarse hacia el interior montañoso, liberando los fértiles valles costeros.³

El estímulo al comercio legal enfrentó varios obstáculos. El primero lo fue, sin duda, la competencia del intercambio fuera de los marcos oficiales (o el

² Pérez Pérez y Díaz Cárdenas, 2000, pp. 36-39.

³ Moscoso, Agricultura y sociedad en Puerto Rico, p. 129.

contrabando). Así lo afirmó el mariscal de campo Alejandro O'Reilly (en 1765), diagnosticando que el origen del problema residía en la ausencia de un proyecto económico y en la vagancia generalizada. Según el militar, en Puerto Rico parecía que no hacía falta trabajar, que no había diferenciación social y que el mercado en San Juan era inexistente. Partiendo de esa Memoria, la corona comienza a estimular la transformación de la Isla tomado como eje el desarrollo de la agricultura comercial para la exportación.

Entre 1765 y 1815 se reportó un aumento sostenido del comercio oficial proveniente de las actividades agrícolas, destacando las producciones de azúcar, tabaco y café. Pero fue éste último el que más creció durante el siglo XVIII. El ritmo de la expansión fue francamente acelerado. En 1770 se produjeron 750,000 libras de café, en 1778 1,116, 000 y en 1797 ya se cosechaban 5,000,000 de libras. Sobra decir que este cultivo contó con todo el apoyo gubernamental (desde exenciones fiscales --en 1768-- hasta tratos de compromiso de venta sobre cosechas futuras).

La mano de obra esclava fue clave para entender el crecimiento de la agricultura comercial del dieciocho, pero las consecuencias sobre el campesinado (con tierras o sin ellas) fueron innegables. Con ese proceso se entronizaban y generalizaban razonamientos económicos alternos a los campesinos. En esa época crecimiento económico era lo mismo que intensificación y expansión de la tierra cultivada y el trabajo empleado, la tierra comenzaba a figurar como mercancía y el desplazamiento de las formas tradicionales de tenencia y de producción de subsistencia acabaron siendo desplazadas. Si a esto le agregamos el fantástico incremento poblacional que se reportó en ese mismo periodo,⁴ tenemos un cuadro en el que perfectamente se perfilaba la generalización del deterioro de las condiciones de vida que caracterizaría el acomodo campesino a las nuevas realidades agrícolas. En Puerto Rico daba resultado el proyecto borbónico: desplazar las relaciones de producción propias del antiguo régimen y la sociedad estamental, por otras que dieran paso al capitalismo y a las clases sociales.⁵

Con aroma francés...

Con aroma francés despierta al siglo XIX la producción cafetalera de las antillas españolas. La revolución haitiana tiene consecuencias directas sobre Puerto Rico. De una parte, la guerra de independencia desarticulaba la producción cafetalera y azucarera de uno de los principales cosecheros del mundo, situación atractiva para

⁴ Se ha calculado por encima del 3% anual. De 45,000 habitantes en 1765 a 150,000 en 1800. Scarano, Cinco siglos de historia.

⁵ Pérez Herrero, América Latina y el colonialismo europeo, p. 123.

todos los demás productores del aromático o el dulce. Como si fuera poco Cuba y Puerto Rico son las receptoras de los refugiados políticos, de los franceses blancos con experiencia en los cultivos de caña y café. Por eso se ha hecho referencia a un auge cafetalero durante las primeras décadas del XIX en Puerto Rico.

El aromático boricua aprovechó esa coyuntura y las ventajas que ofreció la Cédula de Gracias de 1815 para coronarse como el rey de las exportaciones. Las ventas internacionales de café superaron las del azúcar hasta 1828, aunque fue el huracán San Narciso (de 1837) el que le precipitó a una situación crítica al coincidir con una contracción en la demanda de San Thomas, principal comprador del grano puertorriqueño.

De ese auge se conoce poco, de hecho, espera como tantos temas en la enorme agenda de los pendientes en la investigación histórica puertorriqueña. Nuestro conocimiento se limita a lo que aporta Fernando Picó para el caso de Utuado: que todavía era incipiente en la montaña, con aspecto de producto de consumo, y a lo que aporta Laird Bergad, que era una producción costera y esclavista.

De todos modos, cuando se discute la historia material de la Isla en los primeros dos tercios del siglo XIX, queda referida al azúcar, producto que disfrutaba de la demanda norteamericana y caracterizado por la expansión productiva y del consumo. De ahí que asume, indiscutiblemente la delantera en el avance de la agricultura comercial.

El oro negro, riqueza de pocos, pobreza de muchos

El café entra en nuevo ciclo expansivo desde los 1850's. La producción crecía gradualmente animada por los precios internacionales. Pero es a partir de la década de 1870 aumenta aceleradamente porque los precios internacionales se disparan. Problemas en la producción de Java (por una plaga que azota los cafetales) y en la de Cuba (como consecuencia de la Guerra de los Diez Años) abren paso a productores como Puerto Rico. En 1886, Brasil el coloso productivo de América también confronta problemas que desarticulan su capacidad para satisfacer los mercados mundiales y el precio del café alcanza nuevos peldaños en la espiral de precios, incrementando el atractivo de la inversión.

Como bien explica Picó, en Puerto Rico el despegue responde a que el estímulo del mercado y precio coincide con la experiencia en el cultivo, la abundancia de tierras aptas para el café en la región montañosa, las facilidades crediticias (que proporcionaron los comerciantes y hacendados llegados de España o

los centros mercantiles costeros), la mejoría en las comunicaciones (entre la montaña y la costa) y la disponibilidad de mano de obra dependiente y barata.⁶

Las consecuencias no se hicieron esperar: el avance del cafetal se apoderó del paisaje agrario del interior montañoso. El motor de la actividad económica insular se situó en la región productora y los beneficios económicos tampoco tardaron. El problema no fue solamente el reparto desigual de la riqueza derivada de la producción y comercialización del grano. Lo peor fue que el café alteró la vida material y social de los campesinos que habitaban esa región, cobrando costos tan altos, que derivaron en un deterioro de muchos aspectos de de la vida de la mayoría de los habitantes de las montañas.

A muchos niveles podemos discutir una montaña saqueada en lo material y un entorno natural atropellado por el desmonte. Fernando Picó, ha probado tanto en el trabajo que discutimos hoy como en otros, que los habitantes originarios fueron desplazados, porque de muchas maneras se les privó de la tierra, provocando la movilidad social descendiente a los hijos y nietos de los propietarios del pasado, ocasionando también un deterioro en la dieta e imponiendo la necesidad de vender su trabajo a cambio de un jornal.

Admito que puede haberse registrado una tendencia a deshumanizar el trabajo agrícola, pero solo si la consideramos desde el traumático choque de las mentalidades campesinas con las ideas liberales de eficiencia, ganancia y enriquecimiento, que redundaron, reiteradamente en la desposesión campesina.

Un campesino se define precisamente en su particular relación con la tierra. Sus esfuerzos económicos privilegian la satisfacción de la subsistencia del grupo familiar a cualquier otra consideración económica. Para ellos la acumulación (de dinero o mercancías), por la acumulación misma, no tiene sentido porque supone arriesgar la supervivencia. Por eso están asociados con la pobreza (o por lo menos con lo que nosotros entendemos como pobreza). Los campesinos procuran el equilibrio de su producción con su consumo.⁷ Por lo tanto, si se da algún cambio económico tiene que contemplar lo que consume en correspondencia directa a lo que produce. A esa concepción material los antropólogos la han bautizado como "economía moral". Para ellos lo inaceptable es perder la tierra, esa una verdadera tragedia, porque representa la injusticia (la inmoralidad), el peligro de la no supervivencia: la alteración total de sus concepciones de vida y de su vida misma.

⁶ Picó, 1981, p. 190.

⁷ Wolf, 1971; Scott, 1976.

Sin embargo, suponerlos pasivos ante el avance de la modernidad lo considero un desatino. La violencia con la que la libreta de jornada y las demás estrategias para subsumirlos en la economía de mercado son realidades históricas, pero no son justificaciones suficientes para pensarlos como víctimas incapaces de responder. Ellos fueron capaces de negociar.

Para empezar sería equivocado pensar que la expansión cafetalera acabó con la producción campesina. En todo caso, los introdujo en la siembra del grano y con ella en una relación de interdependencia con los nuevos actores. El que los comerciantes y hacendados acapararan las ganancias cafetaleras, en forma de adelantos de dinero y semillas con las que los pequeños comprometían sus cosechas, mas no significa la erradicación total del campesinado del nuevo paisaje agrario.

Por otra parte, difícilmente podríamos considerar que la mano de obra de las haciendas de café tenía una relación obrero patronal que respondiera perfectamente a los preceptos capitalistas. En aquellas haciendas abundaban los elementos "morales" (o no capitalistas) en el trato con los peones. Los adelantos en efectivo sobre el trabajo, las cuentas en las tiendas de raya, los arreglos de arrendamiento, agrego o aparcería así lo señalan. Si lo piensan bien, el ya documentado "paternalismo" es incompatible con el capitalismo más puro. Y se explica porque esa primera incursión del capitalismo agrario tuvo que negociar con las prácticas económicas que le precedieron.

En el siglo XX una caficultura en crisis = campesinización

El nuevo siglo y la nueva Metrópoli, sorprenden a una caficultura en crisis. El bandolerismo y el hambre generalizada se imprimen como las características más sobresalientes de la montaña que recibe el siglo XX.

En 1897 el auge cafetalero llegó a su fin. La fuerte reincorporación de Brasil a la competencia internacional provocó una abrupta caída de los precios del grano. Proceso que coincidió con el estancamiento de la demanda internacional.

La producción puertorriqueña, financiada por los comerciantes-pretamistas, de inmediato se topó con una contracción crediticia y un fuerte endeudamiento por parte de los dueños de fincas, ahora imposibilitados o en dificultades para cumplir con sus compromisos prestatarios anteriores. El panorama se complicó con que la Isla había descuidado su producción alimentaria básica, dependiendo entonces de la

importación de alimentos. Todo esto redundó en hambre y en la modificación de los arreglos con los peones de fincas.

En 1898 invaden los norteamericanos, alterando la ya muy sensible situación social. Y, por si fuera poco, en 1899 la Isla es azotada por el huracán San Ciriaco, uno de los más destructivos de la historia insular. En tres años la situación se había tornado explosiva en las montañas cafetaleras y el bandolerismo representa la reacción más violenta de los campesinos que otrora habían sido desplazados y ahora, respirando la debilidad ajena, se lanzaban contra las propiedades de los españoles y criollos dueños de comercios y haciendas.

¿Qué sucedía? Seguramente una mezcla de coraje, impotencia y ajuste de cuentas con los que identificaban como responsables de que su supervivencia estuviera en franco peligro.

En las primeras décadas del XX la fragilidad creciente de la que figuró como la producción líder a fines del siglo XIX, fue quebrando las expectativas hacendadas de recuperación. En la relación económica con los Estados Unidos el café no figuraba entre los productos que interesaban a los del norte. El futuro era azucarero y el rezago caficultor se hizo más evidente con el paso del tiempo. Los huracanes San Felipe (1928) y Santa Clara (1956) sirvieron para patentizar el desestímulo de la gran inversión que procura acumulación, ligada al cafetal. Lo que tenemos durante buena parte del siglo XX es la historia del regreso a la campesinización de la producción cafetalera puertorriqueña. Una producción modesta, orientada principalmente hacia el mercado doméstico y totalmente subvencionada por el gobierno local.

¿Deshumanización? ¿Cosificación?: reflexiones finales

Vista así la historia social tras el cafetal puertorriqueño es amarga y conflictiva. Es la misma historia del atropello con que se imponen los preceptos occidentales en los que la actividad económica se ve únicamente desde la eficiencia, la acumulación y el enriquecimiento. Así se inauguró en el siglo XVIII, desplazando "la vagancia" campesina hacia el interior para alcanzarla décadas más tarde con el avance del capitalismo agrario en el interior montañoso.

Esta es una historia de grandes entusiasmos y pingües beneficios para unos y de pobreza y ajustes trágicos para la mayoría. No puedo ni quiero pensar en un jíbaro depredador, tampoco en hombres y mujeres deshumanizados que cosifican la naturaleza y están moralmente encharcados. Eso se lo dejo a la recreación literaria de Manuel Zeno Gandía. No los quiero victimizados, no los reconozco empantanados y

pasivos. Los sé activos, adaptándose y negociando bajo circunstancias nuevas y con todas las ganas de sobrevivir que siempre han caracterizado a la familia campesina.